

## Tutmés IV

Los vecinos de Villa Mayor observaban atemorizados cómo el viento de poniente empujaba hacia el pueblo de una manera lenta pero inexorable la nube tóxica, cargada de elementos radiactivos. Lo habían anunciado, pero nadie se lo había tomado en serio. En ese pueblo nunca pasaba nada extraordinario, no iba a pasar ahora.

Pero esa tarde un fuerte y desagradable olor les hizo salir a todos y reunirse en la Plaza Mayor, alrededor del pilón. Se miraban unos a otros, se ahuecaban la boina para rascarse la cabeza, a ver si así ayudaban a fluir alguna idea, escupían en el suelo, insultaban al alcalde... hasta que de repente, el “Tomasón” exclamó: ¡EL ABANICO!

Tuvo que explicar a qué abanico se refería, ya que en la memoria colectiva estaba casi olvidado, pero lo cierto es que cuando se produjo el hallazgo no se hablaba de otra cosa. Era un gran papiro, plegado en forma de abanico y conservaba resto de escritura jeroglífica. Terminaba en unas enormes plumas. El alcalde tuvo que declararlo al partido judicial y varios antropólogos estudiaron su procedencia.

Llegaron a la conclusión de que el enorme abanico perteneció al faraón Tutmés IV, y, en su tiempo se consideró un elemento maldito. Se usó por primera vez para dar aire al faraón mientras mestizaba con una joven negra. La esclava murió. A los pocos días también fallecía el faraón y, allí donde trasladaban el pay-pay ocurría una desgracia. Al final lo alejaron de la corte y lo enterraron.

En Villa Mayor decidieron conservarlo, pero tomando las precauciones oportunas. Lo colocaron en un enorme lugar destinado a guardar las carrozas, pebeteros, y demás ornamentos sacros que salían a procesionar en las grandes ocasiones. Eso sí, levantaron un murete de medio metro para que no se mezclara lo sagrado con lo profano.

La nube seguía avanzando y la pureza del aire se iba corrompiendo, las mujeres tapaban la boca de los niños con lo que tenían a mano. Si no sé hacia algo rápidamente alguien podría intoxicarse, o lo que era peor, se iba a malograr la cosecha. Al no hallar otra alternativa decidieron intentarlo con el abanico. Varios hombres lo sacaron y, ya en el exterior, haciendo acopio de todas sus fuerzas, empezaron a moverlo con un ritmo progresivamente acelerado mientras varias mujeres, se santiguaban alocadamente. En unos segundos se transformó el paisaje. El abanico aventaba de tal forma que los pájaros, que volaban bajos y ralentizados, por el aire contaminado, fueron empujados bruscamente hasta estrellarse contra los árboles. De los olivos empezaron a caer aceitunas como si una cuadrilla de vendimiadores estuviera vareando a destajo. Incluso un cordero recién parido fue propulsado hasta caer al pozo.

La nube, poco a poco, empezó a cambiar su trayectoria. El aire se hacía más respirable y los vecinos, asombrados, vieron cómo la nube se iba comprimiendo hasta quedar del tamaño de la mano. Al final cayó sobre una montaña y fue visible una columna de humo negro, en forma de pirámide.

Todo el mundo aplaudía y se besaban unos con otros tratando de dar explicación a lo ocurrido, y como el abanico que creían maldito había sido su salvación. Se llegó a la conclusión de que al estar tanto tiempo junto a los ornamentos sacros, el bien había vencido al mal, y se acordó por unanimidad que cada año se usaría como palio para la carroza de la Virgen, en la fiesta mayor del pueblo. (GIRASOL)

